

El erudito y la esfinge. En torno al vínculo entre Unamuno y Menéndez Pelayo

MARIANO SABA (2024)
Buenos Aires, Eudeba, 295 páginas.
ISBN 978-950-23-3440-0



Gastón G. Beraldi

Universidad de Buenos Aires, Argentina
ggberaldi@uba.ar
<https://orcid.org/0000-0003-1929-0354>

Don Marcelino, más que un erudito, fue para Unamuno un hherudito, o quizás un herudito (1958 VI, p. 596). Su dedicada, minuciosa y exquisita labor investigativa, resuelta a descubrir la esfingina con la cual curar la enfermedad de la esfingitis (Unamuno, 1958 V, pp. 999-1000) —y evitar así, de paso, mirar a la cara a la Esfinge (Unamuno, 2007 VIII, p. 812 y 1958 V, p. 506)—, le valió un amplio reconocimiento académico local e internacional, que aún hoy, como nos presenta este eximio estudio, nos hace visitar su trabajo en el vínculo con el de su discípulo.

Y Unamuno fue, dicho por él mismo, y en pasado, su discípulo directo y oficial, que le quería y le admiraba (1958 V, pp. 505-508). Y dicho en pasado porque esa querencia y admiración no podían sostenerse en el tiempo. Y no podían por razones filosóficas, e incluso, históricas. Filosóficas porque Unamuno supo entender mucho antes algo que entendimos recién mucho después: que la mayoría de los pensadores cuando se exponían a una tensión entre dos polos opuestos no se atrevían a enfrentarla (1958 XVI, p. 142), sino que tendían a soslayarla o a anularla, ya sea deshaciendo el problema, ya sea afirmando solo uno de los polos, ya sea volcándose a una instancia reductiva y superadora. Y con esa actitud mataban a la filosofía. Y no solo ocurría en la filosofía, sino también en la vida cotidiana. ¿Cuántas personas podemos encontrar —se preguntaba Unamuno— que sientan el valor supremo de la contradicción íntima? ¿Y cuántas que sostengan “que la realidad es un tejido de antinomias y que estas no se resuelven en una ley superior?” (1958 IX, p. 948). Unamuno supo exponer mucho antes que otros la crítica a las dicotomías excluyentes, la crítica al binarismo; y haría de ello su propia filosofía.

Unamuno concebía el mundo y la vida desde una tensión irreductible, como una lucha eterna, como (en la) una tragedia. Agonismo lo llamaba él (*agón*=lucha) —tal como más recientemente lo llamaría Mouffe (2014)—. Esa concepción del mundo y

de la vida provenía, a su juicio, de un *pathos*, de un sentimiento, un sentimiento agonal, un sentimiento trágico de la vida (Unamuno, 1958 XVI, p. 144). El sí y el no en conjunción contradictoria. *Alterutal* también lo llamó (1916a). Y así, con Don Marcelino tuvo una admiración-criticada o una crítica-admirada. Ni admiración completa ni crítica completa. Sino ambas, conjunta y contradictoriamente. Una tercera posición. Ni A, ni no A. A y no A conjuntamente: *tertium datur* (tercero posible).

Y así también entendió Unamuno la historia (1958 IX, pp. 987-991); como una lucha eterna entre dos polos cuya solución implicaba una disolución (1958 IX, p. 948), es decir, la muerte. Y también entendió que así de eterna debía ser la lucha entre discípulo y maestro, porque la creadora dialéctica —más que dialéctica, polémica (*pólemos*) o agonística (*agón*)— íntima de la historia se revelaba en la oposición, en la contradicción entre generaciones sucesivas. Y una de las contradicciones más enriquecedoras es, justamente, la que se da entre discípulos y maestros. En el rechazo de uno a otro, al operar esta agonística creadora de la historia, es donde más ese uno afirma a ese otro (Unamuno, 1916b).

La vida, la vida de veras de un autor, de un poeta, de un escritor —la poética de lo “vivo”, como dice Saba sobre el modelo de crítica unamuniana—, no se encuentra en las momias de los museos, no se encuentra en la indagación minuciosa con microscopio de su esqueleto —propia del archivista—, sino sintiendo su carne, sus huesos, su sangre. Y la vida más entera de un maestro vive, para Unamuno, en la negación de su discípulo.

Sé que mis cosas más vivas serán aquellas que nieguen mis discípulos, como aquellas que niego yo a mis maestros fueron las más vivas de éstos.

El único homenaje digno de la generación que nos precedió y que nosotros vencimos, es que la

sometamos a nuestra crítica demoledora, que la neguemos. Y es el único homenaje digno que puede rendirnos a nosotros la generación que nos sucede. Así se establece la continuidad dialéctica y dilemática, y hasta polémica; así se hace historia. (1916b, p. 1)

El conocimiento histórico-social y cultural debe entenderse entonces como una agonística entre la sedimentación y la innovación, entre la tradición y la creación. Y así se muestra la acertada lectura de Mariano Saba en este ensayo —que debe mucho a su investigación de doctorado pero que se extiende hasta sus indagaciones más recientes— donde pretende responder a una pregunta fundamental: ¿de qué modo incidieron ciertos postulados críticos de Marcelino Menéndez Pelayo sobre la figura de su discípulo Miguel de Unamuno y Jugo? (p. 11). Para responder a esta pregunta, Saba plantea algunos presupuestos de partida, como el del vínculo entre la obra crítica de Menéndez Pelayo y el ensayismo literario y reformista de algunos de sus discípulos, en particular de Unamuno —destacado por su ambigüedad y conflictividad—, que le permite al autor arriesgar la hipótesis de una adhesión “descentrada” de Unamuno a la propuesta cultural de su maestro. Esta conjetura le abre el camino a continuar con la indagación de los mecanismos críticos de las producciones del maestro admirado y del discípulo descentrado, aspecto que constituye el eje central de este trabajo (p. 12).

Al mismo tiempo, le permite plantear una serie de problemas y de hipótesis subsidiarias conducentes a analizar la transformación del concepto de crítica en el pasaje —nunca unívoco ni homogéneo— del legado de Menéndez Pelayo a Unamuno, que incitó en este último a la producción de otro tipo de escritura ensayística y de crítica sobre la literatura española, a la luz de la tensión permanente entre el canon y la tendencia unamuniana al descentramiento (p. 17). Tensión que también se pone de manifiesto en el análisis que realiza Saba sobre la dramaturgia, que permite desentrañar el intento de Unamuno de adaptar el formato clásico de un teatro “popular” —como el de Lope de Vega, canonizado por Menéndez Pelayo— a un teatro moderno y rupturista como el deseado por la vanguardia europea (p. 18). En el mismo sentido, la lectura unamuniana y la menendezpelayana del *Quijote*, la una quijotista, la otra cervantista, nos ponen en presencia de ese *pólemos hermenutikos*.

Estas tensiones, que son constitutivas y constituyentes del proyecto filosófico de Unamuno (cfr. Unamuno, 1958 X, pp. 980-984), deben entenderse también a la luz de su concepto de tradición, que

revela el vínculo siempre tenso entre el pasado y el presente, entre el presente y el futuro. La tradición —la que Unamuno llama viva, eterna e intrahistórica, y no la tradición de los tradicionalistas como su maestro—, aparece como un fondo inconsciente. Un *sustratum* que perdura históricamente y que se mantiene a través de los cambios generacionales y sociales, de donde estos adquieren su consistencia y validez (Pascual Mezquita, 1998, p. 64). La tradición es un depósito de significados y sentidos ocultos, pero al mismo tiempo latentes, que pueblan el subconsciente y dan vida al presente (y al futuro). La tradición, la verdadera tradición (la intrahistórica) será, para Unamuno, la sustancia del progreso (2007 VIII, p. 80). Y como para Unamuno el pensamiento es así una herencia (1958 XVI, p. 434), somos presente en tanto somos pasado; y nuestro futuro depende del reconocimiento de esta condición. Resulta una tarea en cierta medida ilusoria e ingenua pretender erradicar de nuestras vidas lo que nos ha sido legado como un mensaje proveniente del pasado. De aquí que Unamuno tenga una actitud ambivalente con su maestro santanderino —y con todos sus otros maestros—, que va de la valoración al descentramiento; pasando del elogio y la afirmación, hasta la denostación y el falseamiento.

Para llevar a cabo este estudio, Saba traza el marco teórico que guía la lectura del campo polémico-agonístico entre la obra de Menéndez Pelayo y la de Unamuno, conformado por los rasgos discursivos de la producción escrita de ambos, el campo intelectual y los vectores de formación. A ello hay que añadirle la voluntad irónica unamuniana reflejada en el uso de ciertas figuras retóricas, imágenes y metáforas que le permiten al bilbaíno poner en entredicho el perfil del erudito.

El autor elabora un recorrido de siete capítulos donde: I) nos introduce a las motivaciones de su indagación, al objeto de estudio, la problemática planteada, las hipótesis de trabajo, su marco teórico y metodológico (pp. 11-35); II) aborda la cuestión de la crítica de Menéndez Pelayo en el marco de la lectura siempre polémica de Unamuno, describe la estrecha relación entre bibliografía y comentario erudito, y explica la inserción del maestro en el campo intelectual de fines del XIX bajo la guía de la cultura científica, nacionalista y ortodoxa que le permitió forjar una imagen de autoridad intelectual (pp. 37-84); III) traza —en este capítulo que constituye el eje troncal del ensayo— un breve recorrido por las relaciones que determinaron el rol que asumió el discípulo disidente y descentrado frente a su maestro, para poder exponer de manera más clara el contraste crítico entre ambas obras (pp. 85-129);

IV) plantea la problemática del objeto de la ironía subversiva unamuniana contra la erudición menéndezpelayana (pp. 131-194); V) explora la polémica en torno a la diferente valoración e interpretación de la lectura del *Quijote* realizada por el maestro y el discípulo, contrastando una lectura quijotista, cercana a los lineamientos de la tradición hermenéutica, y una lectura cervantista, atada a la erudición científico-positivista (pp. 195-238); VI) indaga en la dramática unamuniana condicionada y tensionada por el legado menéndezpelayano (pp. 239-278); y VII) concluye su ensayo sosteniendo la necesidad de considerar este estudio como un nuevo punto de partida desde el cual continuar indagando el vínculo entre el maestro erudito tradicionalista, restaurador, católico y ortodoxo, y el discípulo esfíngico agonista descentrado, regeneracionista, cristiano y heterodoxo, para la historia de la crítica moderna española (pp. 279-283).

La actualidad de este estudio sobre el vínculo entre Menéndez Pelayo y Unamuno reside, en principio, en la importancia que representa para la historia de la crítica literaria española de fines del siglo XIX, tanto por sus resortes ideológicos como por sus exigencias genéricas. Es destacable aquí el planteamiento de la constitución del objeto de estudio “historia literaria” como una alternativa compatible con la idea de canon. A ello se suma el análisis de una problemática que aún en la actualidad resulta vigente: la de una controvertida y discutible continuidad entre autores legitimados y autores emergentes, es decir, entre legadores y herederos, entre maestros y discípulos.

Para Unamuno, mirar el pasado es necesario para caminar mejor el futuro. El futuro se asienta necesariamente sobre el pasado, y se nutre de él negándolo. Tumba y cuna. Recreando la metáfora unamuniana de las hojas del árbol plasmada en “Tradición y progreso” (1900), son aquí las páginas viejas y amarillentas legadas del maestro las que abrigan y alimentan las páginas nuevas a escribir por los herederos, porque las nuevas obras, para crecer, necesitan ahondar en sus raíces para abrirse creativamente a nuevos caminos: tradición y creación (*traditio* y *poiesis*).

Para finalizar, quisiera destacar la formulación del título del ensayo. Producto del azar o de una reflexión muy cuidada, quién lo sabe, el autor, jugando con las palabras —como tanto le gustaba a Unamuno, como buen discípulo, disidente también, de Gracián (1958 V, pp. 1046-1049)— invierte y subvierte el sentido de las correspondencias. ¿Es Unamuno ahora el erudito y Menéndez Pelayo el esfíngico? No cabe duda, por las reflexiones del propio Unamuno sobre la erudición, que bien podría atribuírsele al

bilbaíno el título de erudito, aunque no de herudito o de herudito (1958 VI, p. 596). ¿Y cabe otro tanto para su maestro admirado-criticado? ¿Puede pensarse en un Menéndez Pelayo esfíngico? Creo que las palabras con las que el autor va cerrando su ensayo nos brindan una pista. Las características de la escultura del sepulcro de Menéndez Pelayo en la catedral de Santander nos muestran esa tensión siempre latente en su discípulo descentrado entre las necesidades afectivas y volitivas y las intelectuales. Don Marcelino parece haber recogido también parte del legado de su discípulo. Yace en su tumba con las imágenes de aquello que siempre movió al pensamiento de Don Miguel, el conflicto entre la ciencia y la religión, entre el conocimiento y la fe. La cruz en la mano de Menéndez Pelayo apoyada sobre un libro o un cuaderno de notas puede representar la conjunción contradictoria tan temida y esquivada por muchos pensadores y, en consecuencia, la apertura al misterio. A y no A hasta después de la muerte. Sabemos que no sabemos allende esta vida precaria y ¿finita? Pero sabemos también que no sabemos ante nuestras lecturas —también precarias pero infinitas—.

Una lectura cuyas miras son infinitas y que se reconoce solamente limitada por la naturaleza efímera de lo físico, de un cuerpo que se abandona a la muerte irremediable en medio de esa guerra contra lo inabarcable, esa guerra en la que sus despojos seguirán llevando la vestimenta distintiva de su fe. (2024, p. 280)

En este ensayo, en sus vidas y en sus obras, la erudición, el misterio de la vida y el misterio del conocimiento se unen inextricablemente en estas dos imprescindibles y magníficas figuras de las letras y la filosofía españolas (o hispanoamericanas, como gustaba decir a Unamuno).

Bibliografía citada

- » Mouffe, C. (2014 [2013]). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Fondo de Cultura Económica.
- » Pascual Mezquita, E. (1998). Presente y futuro de la tradición en Miguel de Unamuno. *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, 33, 61-80.
- » Unamuno, M. de (1900). Tradición y progreso. *El eco de Cartagena* (s/n). 8 de diciembre de 1900. CMU: 1-271
- » Unamuno, M. de (1916a). Más de la guerra civil. *El Día Gráfico*. 21 de agosto de 1916

- » Unamuno, M. de (1916b). Discípulos y maestros. *Filosofía y Letras*, 1(6), 1-2. CMU: 4-174.
- » Unamuno, M. de (1958). Don Marcelino y la esfinge [1932]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. V (pp. 505-508). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Eruditos, ¡A la esfinge! [1918]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. V (pp. 997-1001). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Juego de palabras [1921]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. V (pp. 1046-1049). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Eruditos, heruditos y hheruditos [1914]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. VI (pp. 595-599). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Disolución de problemas [1920]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. IX (pp. 945-948). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). El ideal histórico [1922]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. IX (pp. 987-991). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Paz en la guerra [1933]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. X (pp. 980-984). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (1958). Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos [1913]. En M. García Blanco (Ed.), *Obras Completas*, vol. XVI (pp. 125-451). Vergara-Afrodisio Aguado.
- » Unamuno, M. de (2007). En torno al casticismo [1895]. En R. Senabre (Ed.), *Obras Completas*, vol. VIII (pp. 59-200). Biblioteca Castro.
- » Unamuno, M. de (2007). Sobre la erudición y la crítica [1905]. En R. Senabre (Ed.), *Obras Completas*, vol. VIII (pp. 797-818). Biblioteca Castro.